

Marta Rota

El aplauso
de las hadas



ESPASA

MARTA ROTA
EL APLAUSO DE LAS HADAS



© Marta Rota Jovani, 2023
© Editorial Planeta, S.A., 2023
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: septiembre de 2023

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 13.613-2023
ISBN: 978-84-670-7034-7

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impresión: Gómez Aparicio
Impreso en España - *Printed in Spain*



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

EL VESTIDO AZUL

El día en que murió mi padre yo llevaba un vestidito azul marino, con un lazo blanco de seda atrás, en la cintura, y unos pequeñitos a juego, a modo de horquillas que domaban los rebeldes rizos. Estaba preparada para salir a pasear con él en cuanto volviera de trabajar. Lo recuerdo perfectamente porque a él le encantaba ese vestido, y a fuerza de gustarle a él llegó a gustarme a mí, que había pataleado como una criatura malcriada el día en que me lo probaron por primera vez. Lo había hecho mamá con sus propias manos siguiendo los patrones de una revista. Mi madre tenía un don especial para agregarle imaginación a cada diseño y lograr que luciera más bonito aún que en la foto. Lo había hecho con todo su cariño, pero yo me empeñé en desdeñarlo hasta el día en que mi padre, con ese tono halagador y admirado que tanto me gustaba, me recordó lo guapa que estaba y lo mayor que parecía con él puesto. Y ya no necesité nada más.

Si miro hacia atrás, creo que quise ser mayor a des-tiempo. Y puede que mi deseo empezara aquel día en que mi padre me señaló lo bien que me quedaba el vestido azul. Porque es cierto que yo quería ser mayor. Solo en aquel entonces para ir de su brazo, como iba mi madre los domingos a la hora del ver-mú. Quería ser mayor solo para que las señoras se giraran al verle a él tan apuesto y a mí tan elegante, como hacían con mis padres cuando los veían jun-tos. Mi madre siempre me había parecido hermosa y casi etérea a su lado, con ese estilo inimitable, esa elegancia innata que la caracterizaba y que tanto chocaba con la niña revoltosa que yo era.

Hasta el vestido azul.

Probablemente fuera la primera ocasión en que me di cuenta de cómo un vestido es capaz de trans-formarnos, de cambiarnos, de proporcionarnos se-guridad y de convertirnos en lo que deseamos ser. Yo tenía solo cuatro años cuando descubrí que aquel vestido era como otra piel que pegar a la mía, como la varita mágica capaz de transformar a Cenicienta, como un disfraz con el que hacer realidad mis sue-ños más secretos. Y mi sueño secreto era ser grande cuanto antes. Ser adulta, elegante y hermosa. Como mi madre. Y por soñar, soñaba con que pasara pron-to el tiempo para alcanzar a mi padre, en la fantasía de que me confundieran con una acompañante mis-teriosa, sin pensar siquiera que el tiempo transcurri-ría para los dos de igual manera. Jamás se lo confesé

a nadie. ¡Qué lento pasa el tiempo cuando tienes cuatro años!

Aquel día, el día en que él murió, yo me había vestido para esperarlo. Sabía que, en cuanto llegara del trabajo, por mucho que mi madre se empeñara en continuar con el circuito de baños y cenas infantiles, a su lado todas las rutinas se interrumpirían y empezaría la fiesta. Haría reír con sus cosquillas a mi hermano Enrique en su cuna, y a mí me tomaría en brazos, me haría dar dos vueltas abrazada a su pecho, y en ese vértigo me miraría con ojos brillantes de expectación antes de decirle a la muchacha que nos ayudaba en casa:

—Antonia, póngame guapa a mi princesa, que me la llevo de paseo.

Mi madre, siempre tan amante del orden, criticaba aquella actitud tan desenfadada que para ella resultaba incomprensible. No podía con su espontaneidad, con la permanente creencia de que nada era grave y absolutamente todo tenía solución. O así, al menos, se lo parecía a él. Y a mí. Su llegada nos revolucionaba a todos. A Antonia, a la que despedía con un reverente beso en el dorso de la mano que tenía la virtud de ruborizarla siempre; a mi hermano, al que le desataba la risa y las energías a la hora de irse a dormir; y por supuesto a mí, para quien mi padre era un actor magnífico, capaz de involucrarse en mis juegos de niña revistiéndose de disfraces diferentes que servían, de una manera mágica, para trasladarme a otra realidad...

No sé si el tiempo y la ausencia han idealizado su recuerdo en mi mente. ¿Cómo saberlo? Es cierto que mamá también estaba ahí, pero —ahora lo entiendo bien— su trabajo con nosotros era mucho más ingrato. Papá inventaba, mamá regañaba; papá era la imprecisión y mamá, la puntualidad absoluta. Mamá era la calma, la discreción y el conformismo; papá era el bullicio, las risas y la transgresión. Entonces ni mi hermano Enrique ni yo lo sabíamos, como suele suceder en la infancia, pero éramos afortunados porque gozábamos de lo mejor de los dos mundos.

Fue por poco tiempo. ¡Tan poco...! Aquel día, mientras yo estiraba los minutos y retocaba mis lazos frente al espejo, sin saber que mi vida entera estaba a punto de romperse en dos, mi padre se me fue para siempre. No lo supe de inmediato; estas cosas solo son un relámpago de certeza en las películas. En la vida real uno sigue tejiendo sus planes, totalmente inconsciente de que es otro el camino que el destino te tiene reservado. Aquella tarde mi padre no llegaba, pero era el único, porque la casa se llenó de gente. Rostros familiares y desconocidos. Expresiones serias, graves. Un rumor de cuchicheos y un revoloteo de faldas en torno a mi madre que me impedían siquiera adivinarla. Presentí que pasaba algo inusual, pero ¿cómo habría podido suponer la realidad? ¿Qué niño sería capaz de conjurar sus peores miedos? Antonia me llevó a la habitación con mi

hermano, que dormía plácidamente en su cuna. Tenía ojos de susto y las manos heladas, ella, que era quien calentaba las mías en invierno.

—¿Qué pasa, Antonia? —pregunté.

—Ahora te lo contarán tu abuelo o tu mamá, mi vida...

La dulzura de su voz me alertó aún más. Nada va tan revestido de mimo como las malas noticias. Pero entonces yo aún no lo sabía. Nadie me había dicho nada y solo un instinto primario me llevó a dudar de las sonrisas postizas que ensayaban los adultos en mi presencia. Por la puerta entreabierta, vi a mi madre medio desvanecerse en el sillón de orejas del salón, apenas sostenida por mi abuelo y un par de vecinas. La vi llevarse las manos al rostro y sollozar amargamente. Y entonces tuve miedo. Ese miedo atroz que cala hasta los huesos a los niños que han visto alguna vez llorar a sus madres. Ese llanto tiene algo de antinatural, de apocalíptico, como si se invirtiera el orden de las cosas, el giro de los astros. Yo creo que un niño que ha visto llorar a su madre madura en el momento. Para siempre.

Yo quería ser mayor, pero no de ese modo.

Y sí, quizá fue así en mi caso. Y eso que en aquel primer instante no supe ni siquiera reaccionar. Lo extraño del momento me pilló por sorpresa. Hubiera querido correr a consolarla, pero la vi tan frágil, tan vulnerable, que sentí que podría quebrarla con mi abrazo, como a una de esas figuritas de porcelana

azules y blancas, detenidas en poses imposibles, que mi hermano se complacía en romper contra el suelo. Corrí a esconderme. Me metí en la habitación, encogida, tras la cuna de Enrique, que a esas alturas lloraba muy bajito, cansado de que nadie lo escuchara. Lo mecí lentamente y quise convencerme de que al menos él me tenía a mí. De que yo estaba allí por eso, porque ya era una niña mayor que tenía que cuidar de su hermano, que solo tenía un año. Y traté de contarme a mí misma que no había huido, y convencerme de que todo lo que conocía, lo que conformaba la urdimbre de mi mundo, no acababa de hundirse para siempre, como engullido por un naufragio.

Alguien —Antonia probablemente— me encontró mucho tiempo después, rendida de cansancio, y me llevó en volandas a la cama. Yo noté ese abrazo entre sueños y quise pensar que era mi padre, que había llegado por fin; que se le había hecho tarde y me llevaba en brazos a mi cuarto, y que al día siguiente me daría una explicación divertida de por qué había faltado a su cita conmigo. Quise creer que al día siguiente retomaríamos el paseo y nos reiríamos juntos.

Pero nunca llegó. Yo me levanté pronto, alertada por un frío presentimiento. La claridad tibia de la amanecida penetraba apenas por las ventanas y me sentí una extraña en mi propia casa. Estaba aún vestida, con la falda plisada arrugada y los lazos deshechos, algo del todo inconcebible en el orden perfecto

que le gustaba a mi madre. En el salón había aún tazas y copas vacías, una neblina de humo de cigarro que lo impregnaba todo, un ambiente cargado y el rumor de conversaciones con gesto grave que gravitaban en torno a la figura de mi madre.

Ella seguía allí, sentada en el sillón, como una reina en su trono, como si no se hubiera movido de su sitio. Llevaba también la ropa arrugada, como si hubiera dormido con ella puesta o no hubiera dormido en absoluto. Tenía el contorno de los ojos violáceo y rímel corrido, y aquella oscuridad repentina le daba una sombra trágica a su mirada y acentuaba la blancura de su piel. Ella, siempre tan pulcra, tan guapa, tan pendiente de su aspecto, de su pelo y su ropa..., ¿cómo es que se dejaba ver así? Todo, absolutamente todo era inusual. Y entonces me di cuenta de que me había acostado sin su caricia en el pelo ni su cuento de buenas noches; que, por primera vez en mi corta existencia, al marcharme a la cama me había faltado el beso de mi padre, y supe que algo grave, muy muy grave debía de haber ocurrido para que las pequeñas rutinas de mi vida se hubieran desvanecido de repente. Habría querido correr a refugiarme en brazos de mi madre, pero vi su mirada tan perdida, rodeada de tanta gente adulta, que temí ser inoportuna o, aún peor, que, absorta en una situación de pesadilla, ni siquiera me viera...

Busqué por los pasillos a quien pudiera darme razón de aquellas gentes que habían tomado al asal-

to mi casa, y camino a la cocina encontré a Antonia, que andaba apurada recogiendo colillas de cigarro, preparando café y sirviendo infusiones.

—Antonia, ¿cuándo se van estos señores?

—Ay, mi niña, madre del amor hermoso... —se sobresaltó. Y sujetó la bandeja con una sola mano para acariciar con la otra mi frente, sin reparar en el desorden de mi pelo ni en mis legañas. Me fijé en que tenía las pestañas húmedas, como recién mojadas.

—Llevan aquí desde ayer... —protesté, haciendo pucheros, desbordada por sensaciones a las que no sabía poner nombre.

—Se irán pronto, Martita, mi vida...

—¿No ha llegado aún papá?

Si no hubiera tenido tan solo cuatro años y hubiera sabido un poco más de la vida, me habría dado cuenta. Del latido que perdió Antonia en aquel instante, del temblor de sus labios, del parpadeo rápido para evitar que cayera una lágrima..., pero ¿qué iba a entender yo? Antonia fue repentinamente consciente de que aún sabía nada, de que nadie me había avisado de lo que ocurría, de que, por ahorrarme detalles, me habían ahorrado la mismísima noticia, y, pese a su calidez y a su cercanía, debió de decidir que no era ella la persona indicada para dar una noticia de ese calibre a una niña asustada.

—No... Luego hablará contigo tu mamá, Martita. ¿Quieres desayunar?

—No tengo hambre...

—Ven —intentó sonreír, pero no le salía—, ven que te dé una peinadita y vámonos a levantar a tu hermano.

En mi imaginación y con la inocencia de los pocos años, conjuré una guerra. Una guerra sorpresiva que se hubiera declarado de repente. Solo algo así explicaba la gravedad de los adultos, la pena de mi madre, el hecho de que mi padre no volviera. Y me refugié de nuevo junto a la cuna de mi hermano, para mecerlo y consolarlo como yo necesitaba ser consolada; para que al menos él no sintiera esa pena que se me había atascado en la garganta ni el frío de una tristeza que ya me iba escarchando la piel.

Mi madre reapareció en pie no sé cuánto tiempo después, embutida en un vestido negro que se le comía el talle y resaltaba aún más su palidez y una elegancia estática, como de maniquí. Nunca la había visto vestida de un color tan oscuro y me pareció bellísima, triste y ajena, como una actriz de cine. A mi padre no lo vi. Ni vi su cuerpo, ni su féretro siquiera. Alguien decidió ahorrarme el momento del velorio y el entierro, y pasé el par de días siguientes entre un rosario de tías, vecinas y amigos. No parecía haber niños. O quizá los habían quitado de en medio para ahorrarnos —a ellos también— la visión del dolor y la muerte.

Dicen que no puedo acordarme de los detalles, que he fabricado un recuerdo inventado, cimentado en los hechos que hoy sé y en las conversaciones,

pero no es cierto. Claro que lo recuerdo. No los detalles, es cierto, pero sí las sensaciones, la pena, destilada como almíbar, y la compasión..., la compasión en la voz de los demás pringándome la piel con el olor de la fruta madura.

—*Pobreta*. Y es clavada a él, mírala.

—Buen cuadro se le queda a la Margarita con dos criaturas...

—Y dicen que la cosa es peor de lo que parece...

—No me extraña. Él nunca fue muy de ahorrar; de aparentar sí, pero lo que es ahorrar...

Las frases bienintencionadas de las vecinas acababan en puntos suspensivos, en sentencias que no se terminaban porque su final estaba implícito, en conceptos que yo creía no entender, pero que me herían como si los entendiera.

En algún momento se celebró una misa a la que me advirtieron de que no podía faltar. Antonia me hizo dos trenzas apretadas y me embutió en un traje marrón oscuro que odiaba con todas mis ganas, pues me hacía parecer aún más pequeña e insignificante de lo que ya me sentía.

—No quiero ir a la misa.

—Esto no es voluntario, Marta —me advirtió con dureza—. Y que no se entere tu madre de que te pones así...

—Pues por lo menos quiero el vestido azul.

—No hay vestido azul. Este es el que tu madre me ha dicho que te ponga.

—Claro que hay vestido azul —insistí como la niña malcriada que me sentía con derecho a ser—. Y tú sabes cuál es. El del lazo blanco. El favorito de mi padre.

Antonia se detuvo en seco. Arrodillada como estaba me cogió de los hombros hasta que me hizo daño. Clavó en mí su mirada.

—Escúchame bien —me dijo con un tono que no le conocía y que me dio un poquitín de miedo—. Ni se te ocurra mencionarle el vestido azul a tu madre...

—Pero si me lo hizo ella... —balbuceé.

Sentí que las emociones de los últimos días estaban a punto de desbordarse. El llanto se me agolpó en la garganta y me impidió decir palabra. Antonia debió apiadarse de una orfandad de la que yo aún no era consciente.

—Mira, Marta... —dijo—. Eres muy pequeña para entenderlo, pero a veces hay cosas, prendas, recuerdos que nos hacen pensar en momentos..., o en gente que... —tragó saliva—, que ya no volverán. Y eso nos hace daño. Por eso es mejor no verlas.

—Como mi vestido azul...

—Como tu vestido azul. A tu mamá, ahora le hace daño verlo.

—¿Por qué?

Antonia no contestó. Y dejó que hiciera yo sola la relación, por difícil que fuera, en mi mente.

—¿Porque es el favorito de papá? —pregunté con labios temblorosos, aunque lo sabía perfectamente.

Ella asintió en voz baja y repitió casi palabra por palabra mi pregunta. Solo que en su boca la frase era una respuesta. Y tenía otro tiempo verbal:

—Exacto. Porque *era* el favorito de papá.

Y entonces sí lloré. Lloré todo el llanto que tenía remansado desde días atrás, como un embalse desbordado por las lluvias. Lloré con desconsuelo y sin tasa. Lloré abrazada a Antonia dentro de aquel traje-cito marrón que parecía un hábito. Lloré, pero no por mi vestido azul, sino por lo que significaba. Porque no volver a ponerme expresamente el vestido favorito de mi padre quería decir, de una manera lacerante y dolorosa, de un modo que hasta entonces me había negado a reconocerme mí misma, que mi padre no iba a volver.

Jamás.

¡Qué terrible es escuchar la palabra *huérfana*! Casi tanto como sentir que la gente no la menciona en tu presencia por miedo a resultar inapropiada, a herir tus sentimientos. De aquel confuso batiburrillo de momentos, recuerdo aquella misa en la que, al lado de mi madre, ocupé uno de los bancos principales. De una manera sorprendente me sentía aliviada de estar junto a ella. Había podido verla tan poco en esos días, la había sentido tan ajena y repartida que me consolaba el hecho de notarla cercana de nuevo, de pensar que, pese a aquel maremoto de acontecimientos que parecía arrastrarnos, yo seguía siendo un punto central en su vida. Recuerdo su rostro

exangüe, los ojos cansados y las mejillas apagadas, sin maquillaje, como si hubiera comenzado a desdibujarse y no estuviera allí. Recuerdo que me aferré a su mano para no perderla a ella también. ¡Cómo habría deseado consolarla, decirle que, aunque papá no estuviera allí, yo estaría siempre a su lado! Que Enrique y yo la queríamos, que la necesitábamos, y que no podía desaparecer de nuestras vidas.

Pero no supe decírselo.

Quizá por eso lo hizo. Desapareció poco a poco. Nos hurtó su presencia, sus tardes y sus risas cuando más las necesitábamos. O yo, que me creía mayor, pero era solo una niña, sentí al menos que lo hacía. Y pensé que algo estaba mal en mí. Que no era lo suficientemente buena o guapa o lista para ella. Que no era capaz de hacer nada que la retuviera a mi lado.

Ahora sé que hizo lo único que podía hacer para seguir viviendo.

Y no consigo imaginar qué habría sido de su vida, ni de las nuestras, si hubiera sucedido todo de otra manera.